

El Pacto Verde ha fracasado

THOMAS FAZI :: 12/07/2025

A pesar del enorme gasto de la UE, el Pacto Verde ha obtenido resultados climáticos insignificantes. Al mismo tiempo, las consecuencias sociales y económicas han sido graves.

En 2019, la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, anunció el «Pacto Verde» europeo. Describió el plan climático como un «momento histórico», una transformación revolucionaria de la economía europea que conduciría a la neutralidad en las emisiones de gases de efecto invernadero para 2050 y a cambios en casi todos los sectores de la economía.

Pero cinco años después, el Pacto Verde se está desmoronando. Lejos de trazar un camino hacia el liderazgo climático, el Pacto Verde ha puesto de manifiesto las profundas debilidades estructurales de la Unión Europea y su incapacidad para conciliar las (supuestas) ambiciones medioambientales con las realidades económicas, democráticas y geopolíticas.

En los últimos dos años, la oposición al Pacto Verde se ha disparado, desde los agricultores, los grupos industriales y los ciudadanos de a pie, hasta los partidos políticos populistas e incluso el Partido Popular Europeo (PPE), el propio grupo político de Von der Leyen. Las elecciones al Parlamento Europeo de 2024 vieron un auge de la representación populista de derecha, unida en su crítica a la agenda verde. Como resultado, la Comisión ha comenzado a dar marcha atrás, de forma silenciosa pero decidida, en muchas de las disposiciones clave del Pacto Verde.

Entre los recientes retrocesos se encuentran la suavización de las normas sobre seguridad del suelo y de los productos químicos, la reasignación de los fondos climáticos al gasto militar, la suavización de las medidas de protección de la biodiversidad y la censura de la expresión «Pacto Verde» en los informes del Parlamento. Incluso el objetivo de reducción de emisiones para 2040, anunciado la semana pasada tras largos retrasos, incluye importantes lagunas y exenciones, como permitir a los países de la UE cumplir los futuros objetivos de emisiones mediante la compra de créditos de carbono a otros países. La señal es clara: la supuesta «revolución verde» de Europa está en retroceso.

Aunque la narrativa dominante de burócratas y medios culpa a los «negacionistas climáticos de extrema derecha» y a los grupos de presión empresariales de descarrilar el Pacto Verde, esta explicación es simplista y evasiva. La realidad más profunda es que el Pacto Verde ha fracasado en sus propios términos: económica, ecológica y políticamente.

A pesar del enorme gasto -680 000 millones de dólares asignados entre 2021 y 2027, más de un tercio del presupuesto total de la UE-, el Pacto Verde ha obtenido resultados climáticos insignificantes. Las emisiones de la UE aumentaron en el último trimestre de 2024 en comparación con 2023, y las reducciones a largo plazo durante los últimos 15 años reflejan en gran medida el estancamiento económico, los confinamientos por la pandemia y el impacto económico de la guerra en Ucrania, y no los frutos de la política verde.

Al mismo tiempo, las consecuencias sociales y económicas han sido graves. Los hogares, los agricultores y las empresas han soportado la mayor parte del peso del aumento de los precios de la energía, la inflación, los nuevos impuestos y las cargas reglamentarias. Estas políticas pueden haber convenido a los tecnócratas de Bruselas y a las ONG ecologistas, pero han alienado a la población en general y han dañado la legitimidad de la Unión.

La raíz del problema radica en el enfoque adoptado por el bloque. Mientras que China y Rusia han aplicado una política industrial verde mediante subvenciones masivas, inversión pública e investigación y desarrollo específicos en sectores estratégicos como los vehículos eléctricos, los paneles solares y las baterías, el modelo de la UE se basa en impuestos punitivos y un exceso de regulación.

Esta estrategia estaba condenada al fracaso. La arquitectura fiscal del bloque, anclada en la austeridad, las estrictas normas presupuestarias y un presupuesto común ineficaz, impide el tipo de inversión ambiciosa necesaria para una verdadera transformación ecológica. A diferencia de la Ley de Reducción de la Inflación de EEUU (que aun está por ver si funciona) o del modelo de desarrollo impulsado por el Estado chino, la UE carece tanto de las herramientas como de la flexibilidad ideológica para aplicar una política industrial proactiva.

Las estrictas normas de la UE en materia de ayudas estatales, su sesgo contra la propiedad pública y su obsesión por la legislación en materia de competencia obstaculizan sistemáticamente la reindustrialización verde a gran escala. El resultado es una mezcla paradójica de hiperregulación y estrangulamiento fiscal, que no estimula la innovación ni alivia los costes que soporta la población. La fragmentación de la gobernanza, la inercia burocrática y el dominio de tecnócratas no elegidos hacen que, incluso cuando existen fondos, la ejecución sea lenta, descoordinada y propensa al fracaso.

Alemania, el supuesto líder de la transición ecológica europea, es un ejemplo aleccionador. La política de «Energiewende» del país, que consiste en pasar a la energía eólica y solar y eliminar gradualmente la energía nuclear, ha costado cientos de miles de millones. Sin embargo, los resultados han sido decepcionantes.

Entre 2002 y 2022, Alemania invirtió alrededor de 800.000 millones en su transición energética. Pero la mayor parte de los beneficios de las energías renovables se vieron contrarrestados por el cierre de centrales nucleares con cero emisiones (aunque enormes peligros ambientales). Según un estudio de 2024, si Alemania hubiera mantenido y ampliado su capacidad nuclear, podría haber logrado una reducción del 73 % de las emisiones -frente al modesto 25 % alcanzado- a mitad de precio.

Uno de los ejemplos más claros del carácter contraproducente del Pacto Verde se encuentra en la agricultura. Se dijo a los agricultores que debían reducir el ganado, recortar las emisiones y convertir la tierra en **sumideros de carbono**. La lógica es tan simple como desconcertante: con las tecnologías actuales, solo se puede llegar hasta cierto punto en la reducción de las emisiones del sector agrícola. Por lo tanto, en lugar de incentivar la innovación sostenible o apoyar a los pequeños productores, los responsables políticos se centraron en reducir la producción agrícola en su conjunto.

Como era de esperar, esto ha desencadenado protestas masivas. Las pequeñas explotaciones agrícolas, que son más ecológicamente sostenibles que la agroindustria, están siendo expulsadas por normas que aceleran la concentración de la tierra. El resultado no es solo la devastación económica de las comunidades rurales, sino también un retroceso ecológico, ya que las explotaciones más pequeñas son sustituidas por otras más grandes e intensivas.

El hecho de que estas políticas se hayan promovido bajo el pretexto del ecologismo pone de manifiesto la ceguera tecnocrática e ideológica del aparato de la UE, un sistema que pretende ser verde pero que acaba empoderando a la agroindustria corporativa y castigando a quienes realmente cuidan la tierra.

La misma lógica se aplica a la base industrial europea en general. En nombre de la sostenibilidad, Bruselas ha impuesto nuevos costes a los productores europeos, lo que les hace menos competitivos a nivel mundial e incentiva la importación de productos más baratos y contaminantes del extranjero. Thyssenkrupp, uno de los mayores fabricantes de acero de Europa, ya ha advertido del aumento de la competencia asiática, que provocará recortes en la producción. No se trata solo de un problema económico, sino también climático: Europa está externalizando sus emisiones al desindustrializarse e importar productos que al fabricarlos produjeron altas emisiones de carbono de otros lugares.

Quizás el episodio más revelador de esta historia sea la política energética de la UE tras el intento de llevar la OTAN a las puertas de Rusia. Tras optar por desvincularse del gas barato ruso como parte de su apoyo a la guerra proxy de la OTAN en Ucrania, Europa recurrió al gas natural licuado (GNL) procedente de EEUU y Qatar, un combustible que no solo es más caro, sino también mucho más contaminante debido a las emisiones generadas por su transporte. Así, de un plumazo, la UE ha conseguido socavar su propia industria, aumentar los costes para los consumidores y aumentar las emisiones globales de carbono. Es un ejemplo perfecto de cómo la ideología y la geopolítica pueden combinarse para producir resultados desastrosos.

El defecto fundamental de la UE no es que carezca de ambición climática -al menos sobre el papel-, sino que carece de burócratas honestos y con formación sólida, y de los instrumentos económicos y políticos para hacer realidad esas ambiciones de forma coherente, democrática y socialmente justa. Una mayor centralización, como sugiere Bruselas, no es la solución; de hecho, es precisamente este modelo de elaboración de políticas vertical y uniforme lo que ha provocado la reacción actual. Se necesita urgentemente un enfoque más democrático, descentralizado y pragmático de la sostenibilidad. Pero el mayor obstáculo para ello es la propia UE.

Compactmag.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/el-pacto-verde-ha-fracasado>